

Homilía Solemne Te Deum Ecuménico 2024.

Nos reunimos en esta Iglesia Catedral para dar gracias a Dios por el Ducentésimo décimo cuarto (214º) aniversario de la Primera Junta Nacional de Gobierno. Junto con ello, conmemoramos las glorias del Ejército de Chile, celebración que tiene sus antecedentes en el desfile que se realizó al día siguiente de haberse conformado la primera junta nacional de gobierno, es decir el 19 de septiembre de 1810. Damos gracias a Dios en conjunto con pastores y pastoras de Iglesias Cristianas hermanas con quienes tenemos una relación fluida y cordial. Juntos cumplimos con la Palabra que hemos escuchado en la primera lectura de esta celebración: “Ante todo ruego que se hagan súplicas, oraciones, peticiones, y acciones de gracias por toda la humanidad, por los soberanos y por todas las autoridades, para que podamos llevar una vida pacífica y serena, del todo religiosa y digna”.

Especial relevancia cobra orar por la patria en tiempos de elecciones, particularmente cuando el clima no siempre es el más propicio para la consideración de la política como un ejercicio importante de caridad. Naturalmente, no entendemos aquí la caridad como asistencialismo. Si no, como compromiso en trabajar por el orden justo de la sociedad y del estado: tarea esencial de la política. Cuando ese compromiso nace de la caridad, entendida esta como amar al modo de Dios, la política es más auténtica, menos prisionera de la ideología y más abierta a la justicia.

Con lucidez y responsabilidad podemos seguir construyendo un Chile más fraterno, respetuoso, justo y solidario. Es labor de todos sentirnos parte de esta tarea. Nadie sobra para este cometido. Es por eso que, en algunas ocasiones, cuesta tanto comprender que no seamos capaces de ponernos de acuerdo en proyectos de vital importancia para la vida de todos, especialmente de los más pobres. ¿Hasta cuando

tendrán que esperar los pobres que se den mejores condiciones en salud, previsión, vivienda, salarios justos, seguridad y mejor calidad de vida?

En verdad, violenta constatar las tremendas injusticias que se dan en nuestro país. No podemos dejar de soñar con un país donde todos nos sentemos en la misma mesa y que nadie se sienta marginado de ella. Con todo, también es justo y necesario considerar que la única manera de avanzar significativamente en el desarrollo de nuestro país es, dialogando y haciendo esfuerzos por generar una cultura del encuentro. Para ello, es necesario construir sobre bases sólidas y profundas.

La construcción sobre bases sólidas y profundas es representada por la parábola que hemos escuchado en el evangelio (Lc 6, 46-49). Recordemos lo que nos ha dicho el Señor: “El que escucha mis palabras y las practica es como un hombre inteligente que edificó su casa sobre roca. Cayó la lluvia a torrentes, sopló el viento huracanado contra la casa, pero la casa no se derrumbó, porque tenía los cimientos sobre la roca. En cambio, el que oye estas palabras sin ponerlas en práctica, es como el que no piensa, y construye su casa sobre la arena. Cayó la lluvia a torrentes, soplaron los vientos contra la casa, y esta se derrumbó con gran estrépito”.

Los dos hombres emprenden una bella tarea, la de construir una casa. Se trata del anhelo de la casa propia que para tantas personas representa un tremendo y trascendental sueño vital. La diferencia es que los dos hombres no están construyendo de la misma manera. Al llegar la tormenta, se descubre que uno de ellos construyó sobre base sólida y el otro sobre base frágil con las consecuencias descritas. La parábola nos confronta con nuestra manera de construir lo fundamental.

No siempre construimos sobre bases sólidas. Muy a menudo tendemos a fantasiar o a edificar en base a supuestos. Con mucha frecuencia procuramos armar en base a conveniencias, populismos, intereses particulares, proteccionismos, prestigio e

incluso sectarismos. Lo digo, en primer lugar refiriéndome a la Iglesia Católica. Pero también, a las otras comunidades cristianas o religiosas, organizaciones de la sociedad civil e instituciones de la república. Con todo, la construcción vital nos corresponde a cada uno y a cada una. Es por eso, que parece plausible preguntarse, ¿sobre qué bases construyo mi proyecto vital? No es poco frecuente encontramos con personas que se desgastan tratando de tener más prestigio o poder. O se pasan la vida añorando el pasado, cuando fueron jóvenes, influyentes, sanos o vigorosos. O se desviven acumulando bienes, dinero, fama, etc.

En una cultura de lo desechable, no cuentan mucho las arrugas, la vida gastada en años, la fragilidad, la experiencia, la sabiduría acumulada, las historias compartidas, las luchas y la solidaridad de tantos y tantas. Cuenta más bien la imagen, el éxito, la salud, el dinero, el prestigio, la fama y el poder. Muchos de nuestros queridos viejos nos dirán, todo eso pasa tan rápido, lo que queda es la satisfacción de habérsela jugado por causas nobles y haberle legado a los hijos valores perennes: la fe, la honradez, la verdad, el servicio, la solidaridad, la búsqueda de la justicia, la amistad, el amor, la paz, el respeto por la naturaleza y los animales. Pero por sobre todo, el respeto a la vida y dignidad de la persona humana que comienza a gestarse en el momento de la fecundación y que culmina con su muerte natural. A la raíz de la defensa de los derechos humanos y de todos los derechos sociales está el respeto por la vida humana.

Es sintomático en una sociedad del descarte la deshumanización de la política, de la economía, de la técnica y de la ciencia. Temas tan humanos como es el problema del dolor tienden a ser abordados como un obstáculo al confort y a la felicidad como si estos fuesen la finalidad de la vida. La verdad es que para una lógica humano cristiana, la felicidad es el resultado de algo más profundo todavía. ¿Se puede ser feliz sin darse, sin servir a los demás? ¿Se puede ser feliz solo desgastándose por conseguir dinero, prestigio y fama? ¿Se puede ser verdaderamente feliz sucumbiendo a la corrupción y

consiguiendo poder e influencia a costa de todo? ¿Se puede ser feliz solo y desentendido de los demás? Ciertamente que no. Entre más se entrega el ser humano, más intensa es la vida en él.

Para el cristiano, el dolor “es existencialmente soportable solo donde existe la esperanza”. Cristo es nuestra esperanza y nosotros somos sus portadores. Es la razón de porqué estamos convencidos de que nunca la muerte puede ser la solución al drama del dolor. En efecto, pareciera que detrás de una solicitud eutanásica, por ejemplo, hay una latente petición de ayuda y afecto. ¿No sería mejor en un impulso legislativo colocar todos nuestros esfuerzos en mejorar la calidad de la salud y el acompañamiento a los enfermos? ¿No sería tal vez más apropiado invertir en los medios adecuados para acompañar a las familias en tan difíciles circunstancias? ¿No sería ideal de que en los centros de atención de salud y en los hospitales se fortaleciera el acompañamiento psicoespiritual con la finalidad de asistir de mejor manera a las personas que sufren? No es tan fácil hoy día satisfacer la alta demanda en el ámbito de la salud mental debido a los altos costos que tienen este tipo de atenciones y donde se hace insuficiente lo que hace el Estado y las organizaciones sin fines de lucro en la atención a los más pobres.

Con todo, para nosotros los cristianos la roca firme es Jesucristo el Señor, cabeza y principio de la Iglesia, por Quién fueron creadas todas las cosas y donde todo encuentra su sentido y fin. Construir sobre Cristo, es construir sobre base sólida. Él le da consistencia a nuestra vida, en Él no la desperdiciamos. En cambio, construir sobre arena es desperdiciar lo que edificamos, la vida se nos va como arena entre los dedos. Construir sobre arena, es construir bajo apariencias y fantasías.

De un modo semejante podemos preguntarnos cómo construimos el proyecto común. Es todo un desafío, en primer lugar considerar que la construcción de la casa común nos pertenece a todos. Insisto en que todos somos responsables y necesarios en la

construcción de una mesa para todos, sin exclusión. Para ello, debemos tener presente que la comunidad humana y social es como un poliedro, figura geométrica que utiliza el Papa Francisco para hacer referencia a las múltiples facetas de la sociedad pero todas formando una unidad “cargada de matices”, ya que “el todo es superior a la parte”. Esta imagen del poliedro representa una sociedad donde las diferencias conviven complementándose y enriqueciéndose. Una vez más lo decimos, esto se logra dialogando, discutiendo y confrontando las propias ideas con respeto y generosidad. “Porque de todos se puede aprender algo, nadie es inservible, nadie es prescindible” (FT 215).

Cuidemos la democracia mis queridos hermanos. Estamos en un momento en el que se debe dar de parte nuestra una firme defensa de los valores republicanos tradicionales, entre ellos, la dignidad de la persona humana; la libertad para hacer el bien; la solidaridad y la fraternidad; la corresponsabilidad; la probidad y la transparencia; y el servicio a los demás.

En la manos de Dios colocamos el destino de nuestra Patria y pedimos su gracia para seguir construyéndola como la copia feliz del edén.

¡Viva Chile! ¡Viva Jesús!

Amén.

Osorno, 17 de septiembre de 2024.